



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO I.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM. 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	1 $\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Febrero de 1878.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

GRAN CACERÍA REAL

dada á Felipe IV, en el coto de Doña Ana, por D. Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia (1).

Mártres, á los diez y nueve del dicho, acordó Su Ma-

(1) Conclusion. Véanse los dos números anteriores.

jestad de pasar á dormir á la ciudad del Puerto de Santa María, y habiéndose partido, al amanecer, del dicho bosque en los coches de mulas del Duque, porque los de Su Real Persona habian pasado ántes, para que los hallase, de la banda de la ciudad de Sanlúcar. Llegó como á las diez

del dia á la playa, donde tenía ya el Duque prevenidas dos muy compuestas falúas (que eran de las armadas del mar Océano y guardas del Estrecho), en que se embarcó Su Majestad y todos los grandes y títulos que le seguian, pasando á comer á la galera Real, que en conserva de otras



LA PESCA CON LA MANO.



diez se hallaron en este puerto, y al entrar en ella le hicieron todos los navíos, el castillo, baluartes y torres de toda la ciudad muy grandiosa salva con toda su artillería.

Habia traído el Duque de diferentes partes (teniéndolas muchos días en la ciudad de Sanlúcar) seis barcas, muy capaces para poder pasar de cada viaje cincuenta cabalgaduras, y estaban prevenidos seis barcos luengos que las remolcasen, y otros veinticuatro para la ropa y gente, sin otros doce para los coches y literas. Y así, aunque fué el carruaje tan grande como se puede imaginar, y la gente innumerable, en lo que tardó Su Majestad en comer pasó lo uno y lo otro con mucha comodidad, siendo la travesía de una parte á otra una grande legua y con arrebatada corriente.

Para que Su Majestad tomase la falúa había una puente en la playa, de la parte del bosque, que entraba en el río diez y seis varas de largo, y tenía bien hechas otras cinco de ancho, guarnecida por ambas partes de barandillas torneadas, pilastres y bolas, todo dado de color verde al óleo.

Al levantar las mesas de Su Majestad hicieron señal con segunda salva las galeras, navíos, castillos, baluarte y torre de San Jacinto con toda su artillería, con balas, teniéndolo así todo prevenido el Duque.

Habiendo comido, tomó Su Majestad la falúa, y vinieron de escolta acompañándole todas las galeras, hasta llegar á la planchada que el Duque tenía mandada fabricar, que estaba junto á la ermita de Nuestra Señora de Bonanza, que desde la tierra firme entraba en el río ciento y veinte varas, con doce gradas para subir á ella del agua, en consideración que viniendo en galera, desde ella (estando el agua pleamar) pudiese tomar la planchada, y si en mejor bajel ó bajamar, subir por las gradas, pero tan fuerte y con tanto primor, que no es de las menores grandezas que se pueden referir en esta acción del Duque, porque sacando la naturaleza de sus quicios, hizo que la tierra penetrase á recibirle en la mar, que en leches azules pacificó sus tablas, serradas con mil remos. Tenía de ancho cinco varas, ornadas por ambas partes de barandillas, con setecientos balustres torneados, y á trechos de tres á tres varas unas gruesas bolas sobre sus pilastres, que fueron ciento y diez, y hacían muy hermosa y agradable vista, porque estaba todo de verde al óleo. Al salir Su Majestad de la galera le hicieron tercera salva, y en todas las que se hicieron disparó el castillo noventa y seis piezas, el baluarte sesenta y dos, y la torre veinte, y todas con bala.

En la playa, junto al lugar, estaba formado un escuadron con once banderas, y en ellas mil y trescientos infantes de la milicia de esta ciudad, todos con muchas galas y plumas, y con muy buena orden y disciplina; al descubrir el coche donde iba Su Majestad hicieron primera salva, y acercándose más al hacer la segunda, abatieron las banderas, y en llegando, ya que pasaba, dieron tercera carga, y le fué siguiendo una de las compañías de doscientos hombres (de los más lucidos) de guarda por el camino; y en el tiempo que Su Majestad estuvo en casa del Duque, hasta salir al campo de San Sebastian, donde las demas, habiendo tomado diferente camino, habían llegado y formado su escuadron al paso del Puerto de Santa María, y hizo á S. M. las mismas salvas que en la marina. El día ántes había venido á visitar al Duque el del Infantado, que por prevenir el regalo de Su Majestad, porfió en volver á dormir á San Jerónimo, á donde le envió el Duque para cenar aquella noche cien barriles de pescado regalado. En su casa se hospedaron el Patriarca de las Indias, un sobrino suyo, el confesor de Su Majestad, el Nuncio, el Padre maestro fray Hortensio Paravicino, Predicador de Su Majestad, con todos sus criados, que en diferentes mesas y en diferentes horas el día y la noche comieron y cenaron muy espléndida y regaladamente. Al Nuncio mandó poner el Duque en su aposento para cuando fuese á desnudar y acostarse una famosa ropa morada de tela finísima, forrada en lama del mismo color, con muchos pasamanos y alamares de oro, una bandeja de plata, camisa, lienzo y guantes de ámbar, pomo y cajeta de pastillas. Ocho días ántes habían llegado á ver al Duque y hecho noche en su casa el cardenal Zapata, el Conde de Barajas y un hijo suyo. En el aposento del Cardenal se puso, de regalo, una ropa de tela azul, forra-

da en lama de plata, con pasamanos y alamares de plata, bandeja, camisa, lienzo, guantes, pomo y cajuela como al Nuncio. En el del Conde de Barajas, bandeja de plata dorada, con camisa, dos pares de guantes, lienzo, cajuela y pomo, como se hizo en el bosque con los demas señores de la Cámara. Ántes que llegara Su Majestad fueron huéspedes del Duque en su casa muchos días el Conde su hijo, el Marqués de Ayamonte y D. Lorenzo de Córdoba, su primo; D. Diego de Guzman, D. Agustin Mejía, don Fernando Giron, del Consejo de Estado de Su Majestad, y el secretario D. Andres de Prada, con mucho número de criados, y á todas las personas de respeto se les dió camisa, lienzo y guantes como á los demas. Demas de hospedar en el bosque toda la Corte, como se ha referido ántes, y despues que Su Majestad pasase, vinieron y se hospedaron en casa del Duque, de paso, D. Diego Brochero, el Conde de Palma, el de Cantillana, el Marqués de Orani, el secretario Bartolomé de Anaya y su hijo Juan de Pedroso, el secretario Antonio Gonzalez de Legarda, y otros muchos caballeros particulares de los que seguían á Su Majestad y concurrían de diferentes partes, que por no causar prolijidad, no refiero. De sus criados y de los señores que le enviaban á visitar, y oficiales de Su Majestad, fueron más de dos mil personas á los que se dió ración y de comer en casa del Duque abundantísimamente, y hubo día en que concurren juntos, de todo género de gentes, setecientas personas. El día que partieron del bosque todos los que seguían á Su Majestad, llevaron del guardamangel (que siempre estuvo franco) cuanto quisieron. Sin lo cual dispuso el Duque que en la playa de la parte del bosque á la embarcación se pusiese una tienda con muy gran cantidad de pan, vino, escabeches y queso de Flándes, de que pudiesen tomar refresco los que llegaron; y habiendo gastado éstos mucha parte, sobró para que la gente de las galeras y la de los barcos que allí habían concurrido alcanzasen mucho de lo que sobró. Aunque se dijo que Su Majestad quería pasar del bosque al Puerto de Santa María sin tocar á Sanlúcar, y para este efeto había prevenido el Duque camino desde la planchada por fuera del lugar; con todo, hizo aderezar su casa con notable grandeza y aseo, y vestir todos los aposentos y salas de ella de diferentes telas y de brocados, y en especial tres galerías continuas, que se habían adornado en consideración de que si Su Majestad fuese servido descansase en ellas, y con la misma mandó prevenir sus botillerías copiosísimamente; y no fué ociosa prevención, pues de más de haberse hospedado y comido en su casa la gente que se ha referido, el día que pasó Su Majestad y otros ántes se ordenó que se diese á todos los que lo seguían cuanto pidiesen, como se hizo con gran largueza.

Adelantóse (habiendo salido Su Majestad de las galeras) el Conde de Olivares á visitar al Duque, el cual (bien contra la voluntad de los médicos y á costa de su salud) se había vestido para besar la mano á Su Majestad. Salíó en una silla á recibir á su primo hasta la primera mesa del escalera; y del atrevimiento de este día (por estar muy flaco de cuarenta días de cama) le resultaron nuevos achaques. El Conde de Niebla asistió con Su Majestad en la galera. El Sr. D. Alonso de Guzman, su tío, y el Marqués de Orani (en tanto que comía) se adelantaron á ver al Duque, y acompañado de ambos y de mucha caballería el Marqués de Villamanrique, segundo hijo del Duque, fué á besar la mano á Su Majestad con siete coches del Duque, y el uno de seis caballos, los cuatro de á cuatro y los dos de á seis mulas, con doce lacayos vestidos calzon y ropilla de terciopelo negro, con pasamanos y alamares de plata y azul, jubones de espolín azul y plata, medias y ligas con puntas de plata, sombreros negros con toquillas bordadas azules y plata, ferreruelos negros de paño fino, con la misma guarnición que los vestidos, y aderezos de espada y daga plateados. Desta misma librea fueron veinticuatro pajes y se vistieron ocho ayudas de cámara, otros ocho reposteros y cuatro mozos de silla para llevar la del Duque. Los cocheros del primer tiro llevaban vaqueros de terciopelo negro con la misma guarnición, y los de los demas de paño negro, guarnecidos de pasamanos negros, y la librea de camino, los de las mulas. Los seis caballos de la carroza en que salieron los señores llevaban guarniciones de ante, sillas de lo mismo, frenos, clavazon y es-

tribos dorados y muchas borlas de seda naranjada y oro. Los cuatro del segundo tiro llevaban guarniciones de vaqueta azul, clavazon dorada, sillas y frenos en la misma conformidad. El tercero y cuarto, guarniciones de vaqueta negra, clavazon, el uno dorada, y otro plateada, con la misma correspondencia de sillas y frenos, y el quinto, guarniciones de ante, clavazon y frenos plateados, y las guarniciones de las mulas y collares de vaqueta negra. Desta manera llegó el Marqués al salir Su Majestad de la galera, y acompañado del Conde de Niebla y de los demas besó la mano á Su Majestad; y habiendo enviado el Duque al Conde las llaves del castillo para este efeto en una salvilla, las ofreció en su nombre á Su Majestad, en señal de reconocimiento. Habiendo cumplido con esta ceremonia, se entró Su Majestad y Alteza en su coche con el Duque del Infantado, Marqués de Castel-Rodrigo y Conde de Niebla, y fué á las casas del Duque, que bajó de la silla al patio, y saliendo de ella (ayudado del señor don Alonso y otros señores) le besó la mano, con grande demostración de la honra y favor que le hacía, y el Rey le recibió con mucho agasajo, levantándole del suelo y mandándole que se quedase: subió arriba, donde á la segunda mesa de la escalera salió la Duquesa de brazo del Conde de Olivares, y habiendo pedido Su Excelencia la mano, le quitó el sombrero Su Majestad, y descubierta, la levantó con particular comedimiento y demostración, y pasó delante, siguiéndole la Duquesa, siempre del brazo del Conde de Olivares, hasta la sala de su estrado, donde Su Majestad se sentó en su silla, no permitiendo que se sentase la Duquesa sin traerle de otro aposento su almohada, porque en éste no había más que debajo del dosel una silla para Su Majestad, y así se trujo otra para Su Alteza, tardando cerca de una hora en la visita con mucho agrado. En este tiempo hicieron Consejo de Estado en el aposento del Duque el del Infantado, el Conde de Olivares, D. Agustin Mejía y D. Fernando Giron, de donde enviaron á llamar al Duque, diciéndole que Su Majestad le había hecho merced de que jurase en él, como lo hizo con grande estimación de las circunstancias, de haber honrado su casa viniendo á ella, y á su persona con este puesto, haciéndole demas de todo esto merced de cuatro hábitos que repartiese entre sus criados. Acabado el juramento y la visita bajó Su Majestad, y en la misma forma que había entrado le siguió la Duquesa cuatro piezas, y á la última volvió el Rey el rostro, y quitándose el sombrero, mandó que se quedase. Intentó el Conde de Olivares volver con su Excelencia al estrado, y no permitiéndolo, siguió á Su Majestad hasta darle el coche, donde salió segunda vez el Duque á besarle la mano (reconociendo los favores que había recibido) asistido de todos los señores que hicieron lo mismo, juzgándose cada uno dellos interesado. Partió á dormir al Puerto de Santa María, y de allí á Cádiz, donde habiendo estado algunos días, determinó pasar á Gibraltar. Supo tarde el Duque que hacía noche en Medinasidonia (ciudad suya), donde envió luego á D. Miguel Paez de la Cadena Ponce de Leon, alcaide della, para que previniese la caballería, y orden al sargento mayor para la infantería, y al licenciado Rodrigo Simon Enriquez (de su Consejo) para que con el Corregidor de aquella ciudad asistiese á abrir el camino que va á la de Tarifa, en que trabajaban por su orden mil y cien personas cada día, y con ser muy fragoso, le dejaron llano para la subida de las mulas de los coches, y se compraron y derribaron muchas casas á la entrada. También estaba á cargo del licenciado Enriquez y del Corregidor disponer la comodidad de los que seguían á Su Majestad, que estuvo tan prevenido, que se pregonaba por la calle aquella noche que quien no tuviese camas y bastimentos acudiese á los dichos. Llegó Su Majestad á 27 de Marzo, y á la entrada de la ciudad estaban ochocientos hombres della en un escuadron con seis banderas, que en viendo el coche de Su Majestad, hasta que llegó, le hicieron salva con tres cargas, y poco más adelante estaba una compañía de doscientos hombres muy lucidos, que habiendo hecho lo mismo, le siguieron hasta la ciudad de Tarifa, estando de guarda aquella noche en Palacio y á la salida acompañándole, y el alcaide con sesenta lanzas (que también fué con Su Majestad) pasó siguiéndole por la costa para asegurar cualquier peligro, y la ciudad envió acémilas con mucho refresco para su gente y para la de

Su Majestad. Envió la villa de Verger (que tambien es del Estado del Duque) muchos bastimentos á las casas, con ser término de Tarifa, que todo lo habia dispuesto y ordenado así.

Tambien envió al Conde de Olivares una rosa para el sombrero, de diamantes de estimacion, de diez mil ducados, que supo habia contentado al Rey en Cádiz, para que su Excelencia sirviese con ella en su nombre á Su Majestad, en demostracion de que en todas las partes de su Estado hallase señal de su reconocimiento y voluntad. Llevóla D. Alonso de Guzman, camarero mayor de su Excelencia, á quien Su Majestad honró mucho y hizo merced de un hábito que hoy trae en el pecho (1).

PEDRO ESPINOSA.

AL SR. MARQUÉS DE VALDEGUERRERO

EPÍSTOLA.

Vuelvo de una expedicion,
Y al entrar en mi despacho,
Hallo con satisfaccion
Una carta-invitation
Para la caza del macho.

La fecha es de San Clemente,
Y la firma Sandoval,
Cazador impenitente,
Muy práctico, muy corriente,
Muy guapo, muy principal.

Decirle que no, sería
Faltar á la cortesía,
Y tengo yo bien probado
Que nadie á fino y delgado
Me ha ganado todavía.

Tratándose de cazar,
Acepto sin vacilar,
Y armado como Bernardo
Ya sus órdenes aguardo
Impaciente de matar.

Y aunque sobra quien presume
Que á este cazador poeta,
A quien el trabajo abruma,
Odio le inspira la pluma
Y adoracion la escopeta,

(1) En otra relacion de esta famosa montería, no tan completa en algunos puntos como la que acabamos de publicar, pero idéntica en todos los demas, lo cual hace presumir que sea obra anterior del mismo autor (*Bosque de Doña Ana á la presencia de Felipe Quarto, católico, pío, felice, augusto*, en 4.º, 16 páginas, Sevilla, 1624) se lee lo siguiente al final:

«Tambien envió al Conde de Olivares una rosa para el sombrero, de diamantes de estimacion de diez mil ducados, que supo habia contentado á Su Majestad en Cádiz, para que su Excelencia le sirviese con ella en su nombre á Su Majestad en demostracion de que en todas las partes de su Estado hallase señal de su reconocimiento y voluntad: y así estando tan frescas las que hizo, enviando á Su Majestad pocos meses ántes, primero tres caballos excelentes, y el uno de grande estimacion, con mantas de terciopelo verde, cuajadas de pasamanos de oro, bordadas las armas reales, y cuatro escopetas y dos ballestas, labradas, las cajas de carey y marfil de montería grabadas: un escudo, de oro las armas Reales, y todo lo que habia de ser de herraje, tambien de oro, carcajes y bolsas bordados; frascos como las escopetas, y cada una dellas y de las ballestas, con fundas de terciopelo verde, bordadas con curiosidad y grandeza, de las mismas monterías y trofeos. Y despues, con ocasion de la venida del Príncipe de Gáles, otros veinticuatro caballos con diez y ocho jaeces, y algunos de oro, y seis aderezos sobre cueros de ámbar, bordados de trofeos y monterías, de oro y seda, con los estribos y lo demas correspondiente de plata, y sobre los jaeces y aderezos veinticuatro terlices de terciopelo verde, ricamente bordados, y veinticuatro esclavos vestidos de paño fino azul con pasamanos y alamares de plata y seda leonada, que llevasen de el diestro los caballos. Que uno y otro presente serian de valor de noventa y seis mil ducados; no contentándose con estas demostraciones su grandeza. Y habiendo de venir Su Majestad á ver su tierra, quiso hacer las que se han referido, con tan costosas prevenciones, que se juzga que habrán importado más de doscientos mil ducados, sin el presente de los caballos que montó noventa y seis mil, sin más otros noventa que gastó en lo que hizo el año de diez y nueve, para la venida de Su Majestad, que esté en el cielo, que no tuvo efeto, que son gastos de casi cuatrocientos mil ducados, si bien grandiosa suma, muy corta para el ánimo de su dueño.»

En la *Jornada que Su Majestad hizo á la Andalucía, escrita por D. Jacinto de Herrera y Sotomayor, gentil-hombre de Cámara del Sr. Duque del Infantado, para las cartas de su Excelencia* (Barcelona, en folio, 12 páginas), se da tambien una breve noticia de esta montería, entre las de los públicos festejos y peligrosas aventuras de tan penoso viaje en medio de los temporales del invierno.

Tal vez al juzgar así
Dicen verdad con franqueza,
Que es el cazar para mí
Segunda naturaleza
Que desde niño adquirí.

Llevaré dos perdigones,
Que son una maravilla
Para comer cañamones,
Y que en tierra de Castilla
Me han dado mil desazones.

Cuando está en su fuerza el celo,
Cantando son un primor;
En fin, dos machos al pelo,
De esos que dan un camelo
Callándose á lo mejor.

Por cuya razon se infiere,
Que yo, que lógica guardo,
Valga por lo que valiere,
Le llamo al uno petardo,
Y al otro canta si quiere.

Con este par de alimañas,
Y envuelto con su capote,
Un zurcidor de patrañas
Irá pronto á romper cañas
Al país de Don Quijote.

Y pues me invita galante
Quien tiene caza á destajo,
Me conocerá al instante
Por arriba y por abajo,
Por detras y por delante.

Hago aquí punto final,
Y al señor de Sandoval
La invitacion agradezco,
Y cual cazador le ofrezco
Mi amistad franca y leal.

Poniendo á Dios por testigo
Que en Madrid como en Munich,
Y en la Mancha como en Vigo,
Puede contar por amigo
Á Enrique Perez Escrich.

El Marqués de Valdeguerrero es un cazador perfecto, que practica la hospitalidad con la noble franqueza de un cumplido caballero. Es un ángel que tiene de vez en cuando rugidos de leon. Yo fui á cazar con él por ocho dias y me estuve cuarenta, porque su amistad atrae como el iman. Cuando llegó el dia de abandonar la escopeta por la pluma, sentí un gran desconsuelo en el corazon; me faltaba poco para llorar. Regresé á Madrid y entré en mi casa dando vivas á la Mancha y á los manchegos; tan gratos eran los recuerdos que se albergaban en mi alma.

Allí, en medio de aquellos feraces y hermosos montes, que nada tienen que envidiar á los mejores de España, bajo la sombra de aquellas seculares encinas y colosales carrascas, recorriendo con la escopeta al hombro y el perro por delante, los montes de *La Torre*, *La Alameda*, *El Debeson* y *Laquejola*, que abarcan muchas leguas de distancia, pero que se encuentran los unos unidos á los otros, he pasado los mejores dias de mi vida de cazador. Cuando publique el segundo tomo de mis episodios venatorios, dedicaré un cariñoso recuerdo á los nobles hermanos del Marqués de Valdeguerrero y á todos aquellos compañeros que formaron parte de la expedicion, y cuya amistad franca y cariñosa conservo en el santuario de mi alma.

Termino esta nota diciendo que la Mancha es un país tan hermoso como rico, y tan rico como hospitalario; pero por desgracia, muchos hablan de ella por rutina y sin conocerla; tanto peor para ellos: la ignorancia sólo debe inspirar compasion.

ESCRICH.

LA PESCA CON LA MANO.

RECUERDOS DE LA NIÑEZ.

(Véase la lámina de la página 25.)

I.

El año de gracia de 1850 tenía yo diez primaveras, diez premios entre medallas y diplomas, ganados en la

escuela, y diez dias libres en el verano para irlos á pasar con mi abuelo, que vivia solitario como un hongo en una casa de campo cerca de la costa del Mediterráneo, antigua atalaya de los moros, que por fuera parecia un castillo y por dentro una almadraza, segun los chismes de pesca que se veian hacinados y revueltos en todas partes.

Mi abuelo era un antiguo general de marina, ágil y robusto á pesar de sus ochenta navidades, y de rostro alegre y apacible, que sólo se oscurecia cuando lloraba unas lágrimas gloriosas que él llamaba las *lágrimas de Trafalgar*.

Tenía delirio por la pesca; montaba un lanchon enorme, que habia mandado hacer á propósito, tripulado por todos los pescadores de aquellas playas, que se disputaban á cachete limpio la honra de ir á buscar salmonetes con aquel buen señor, que todo lo repartia entre ellos, y que á duras penas guardaba para sí algo de lo que salia en las redes del boliche.

Su sueño de oro consistia en ver acercarse la festividad de la Virgen del Carmen, no sólo porque la queria mucho, como buen marino, sino porque dia más, ó dia ménos desembocaba yo en la alameda que conducia á la morada de mis placeres, donde no habia ni clases, ni maestros, ni libros, ni cepos, ni quedarse sin comer, ni ninguna de esas mortificaciones con que la educacion nos introduce saludablemente toda clase de letras. Nada; allí no habia nada de eso: no habia más que la cara venerable de mi abuelo. Su voz me parecia un canto de los pájaros que volaban por bandadas; la mirada de sus ojos una sonrisa; sus brazos dos guirnalda de flores cuando me estrechaba entre ellos, y su mano derecha un cuerno de la abundancia para su pobre nietecillo, que no formulaba un pensamiento, un deseo cualquiera, que no viese realizado en el instante.

Decía mi padre que el abuelo me echaba á perder; así es que no me permitia estar á su lado más que la mitad de las vacaciones. Aquellos diez dias se pasaban como un soplo; hubiera querido que todos los relojes se parasen á un tiempo, y como ya me sabía al dedillo la Historia Sagrada, exclamaba á veces con esa ira rabiosa, pero pasajera, de los chicos: ¿por qué no habia de ser yo como Josué que detuvo la marcha del sol?

II.

—Hijo mio, me dijo un dia mi abuelo; ya eres casi un hombre; quiero enseñarte á nadar, y luego quiero tambien que aprendas á pescar con la mano. Pero como en dos semanas no adelantariamos gran cosa, he conseguido de tu padre que este año te quedes un mes haciéndome compañía.

La alegría y la sorpresa me hicieron dar un salto descomunal: ya hombre, he dado dinero en los circos para ver saltos mortales, pero ninguno ha sido tan magnífico como el mio.

A las pocas horas, y como la respuesta más elocuente que podia dar á mi maestro, me bañaba en las aguas poco profundas del rio que atravesaba aquellas huertas á cierta distancia de nuestro castillejo, que se veía á lo lejos como una preciosa silueta medio envuelta en los vapores que salen de la tierra al calentarla el sol con sus primeros rayos.

No quise mi abuelo llevarme al mar en un principio.

—El que nada bien en agua dulce, me dijo, se mantiene luego en la salada sin necesidad de que nadie le ayude.

Me hizo á prevencion una especie de relicario grande de corcho; eligió con solícito esmero el paraje donde la corriente formaba un remanso; sondeó con su baston la profundidad del agua; se sentó á la orilla para dirigirme con el mismo cuidado que hubiese puesto para dirigir una maniobra desde la toldilla de su barco; y á la sombra de los mimbres y de los gruesos árboles que se miraban en los cristales transparentes del rio, zambullí la cabeza tan valerosamente, que mi abuelo no pudo ménos de aplaudirme con la energía propia de un marino, y de un marino viejo.

A los pocos dias nadaba como una carpa, y permanecia medio minuto debajo del agua: mi abuelo, trastornado por la emocion y por el entusiasmo, me confirió el grado de marinero de primera clase.

—Ahora, dijo, voy á enseñarte á pescar la con mano.

Pon atención á mis palabras y no las olvides. Lo primero que has de hacer es examinar los agujeros que hay junto á la orilla, donde se esconden los cangrejos, los barbos, las truchas y las anguilas; pero ten cuidado, porque hay también culebras, nítrias, y ratas de agua, cuyas mordeduras no son nada agradables.

Yo empezaba á tiritar de miedo y de frío.

— Si el agujero no tiene más que una boca, continuó mi abuelo, es que dentro vive una rata ó una nítria. Déjalas en paz. Si tiene varias bocas, es que hay gran cantidad de cangrejos, que esperan tu acometida con las patas traseras, dispuestos á atenazarte los dedos y huir luego al fondo de su escondite, dejándote arañado y además con un palmo de narices. Mete la mano por debajo del cangrejo, cógelo por medio de su coraza, y al sácalo en seguida. Cuando hay en el boquete tres ó cuatro cangrejos, sácalos con un palo provisto de un gancho de hierro. Si en vez de cangrejo te encuentras con una trucha, introduce la mano despacio y acaríciala lo más suavemente posible: este pescado se deja fascinar por los halagos, y de su inmovilidad se aprovecha el pescador para poner fin á sus días. El mismo procedimiento se emplea con casi todos los peces de río, á excepción de la anguila. A pesar de cuantas precauciones se usen, casi siempre se va de la mano, á causa de lo aceitoso y escurridizo de su desagradable piel. No hay más remedio que untarse la mano con tierra fangosa de la orilla para asirla, sin que pueda escaparse, por la mitad del cuerpo, sacándola en seguida á tierra firme, porque si la echas en el saco no puedes resistir los saltos y los brinco que da allí dentro pugnando por salirse. Para matarla sin destrozar la carne, se la pone el pié junto á la cabeza, rompiéndola la espina dorsal. Además del saco y del baston, es muy conveniente que lleves un pequeño cuchillo que uses para agrandar los agujeros, para cortar las hierbas acuáticas y para desembarazarte de cualquier obstáculo imprevisto. Con el cuchillo y con el palo se registra muy bien sin peligro y se asusta mucho á los peces, que salen despavoridos á la corriente. Por buen nadador que seas, procura no pescar nunca solo: una desgracia sobreviene á lo mejor, y si te da un calambre ó te enredas entre las malezas ó te pinchas con las espigas que no se ven, ó no puedes sacar el brazo de un agujero, ó caes, por último, en una de esas hoyas llenas de fango que ocultan las pérfidas orillas de los ríos, si no hay nadie contigo estás perdido sin remedio: examina bien los sitios, tantea el terreno ántes de comenzar á pescar, no estés mucho tiempo en el agua, y entra siempre en ella lo ménos dos horas después de haber comido.

Estas son las primeras instrucciones.

Ahora al agua y manos á la obra.

III.

Al entrar en el río hice el mismo ruido que si hubiese caído en él una piedra de diez arrobas de peso desde lo alto del cielo.

Mi abuelo se puso furioso.

— Pero hombre, exclamó; ¿no ves que vas á espantar, no digo á los peces, sino á un regimiento de ballenas que hubiese ahí dentro? Lo primero que se necesita es un silencio absoluto. Si puedes coger una trucha, te hago sobre la marcha alférez de navío; y si me traes una anguila, entonces te planto las insignias de almirante.

La esperanza de estos ascensos me devolvieron la tranquilidad y me calmé.

El tiempo estaba hermoso; el agua tan clara, que se veían como con un cristal de aumento las piedrecillas de la arena. De pronto pasó á mi lado una forma esbelta, graciosa y rápida como una centella. Parecía una hoja de plata cubierta de rubíes. Era una trucha: fui tras ella hasta que se metió en un agujero, y me faltó tiempo para introducir el brazo; pero un dolor agudo me hizo retirarlo dando gritos desgarradores.

— ¿Qué es eso, muchacho? me preguntó mi abuelo.

Yo en vez de responderle trataba, aunque en vano, de sacudirme un enorme cangrejo que tenía agarrado en la mano derecha.

— Júntale la cola y el cuerpo con la mano izquierda que tienes libre, y verás cómo te suelta, porque le faltará la respiración.

Así lo hice, y el cangrejo se desprendió de la piel sobre la marcha.

Irritado con la sangre que había vertido, no pensé más que en pescar cangrejos, y á la media hora tenía más de veinte víctimas dentro del saco. Las heridas me escocían un poco, pero no hacía caso: cuando se vence sin peligro, se triunfa sin gloria.

De pronto vi un agujero, profundo al parecer, que tenía seis ó siete bocas: metí el brazo todo lo que pude, ya por una y ya por otra, sin encontrar el fin de aquella acuática caverna: tanto bullí y tanto registré que mi mano tropezó con un cuerpo grande y escamoso, que hacía grandes esfuerzos para librarse de la opresión de mis dedos; pero yo le tenía asido por la mitad, y al fin le pude sacar, agitándolo en el aire para que lo viese mi abuelo.

Era un barbo que pesaba cuatro libras. En aquel momento no hubiese cambiado el pez por el manto de púrpura de un emperador. Aquel instante, aquel primer triunfo de mi vida es el que representa exactamente nuestro grabado.

Recibí en el acto el empleo prometido, y me pasé el resto del día haciendo bolas de trigo, de cebada y de habas cocidas para que estuviesen bien secas y no se deshiciesen en el agua. Estas bolas eran el mejor cebo que podía echar á los cangrejos y demás familia acuática, aunque los cangrejos prefieren pedazos pequeños de carne corrompida.

Los días en que la atmósfera estaba más cargada y caían esos cortos y violentos aguaceros propios del verano, eran los más á propósito para pescar con fruto, porque los peces saltaban casi en la superficie del agua con objeto de atrapar los moscardones y demás insectos que acudían á refrescarse en el río huyendo de la pesadez del aire.

Me parece inútil decir, conocida mi afición á pescar con la mano, que no se pasó el primer año sin que cogiese varias anguilas, que la cocinera aderezaba con una salsa muy fuerte de vinagre. Aquellas anguilas pescadas por mí, eran para el abuelo el manjar más exquisito de los dioses.

Pasaron algunos años en que estudiaba más y pescaba ménos, porque mi pobre abuelo no podía ya esperarme al final de la alameda con el alma y con los brazos abiertos, sino en otra mansion más alta, desde donde habrá sonreído de gozo al ver á su nieto hecho un oficial de marina y con el grado que él me confirió al atrapar mi primera trucha.

No hay estudio ni enseñanza por pueril que parezca que no deje de ser útil al hombre alguna vez en su vida.

En mis frecuentes escursiones marítimas y en los horrores de un naufragio sobre las costas del Canadá, pude aplacar el hambre que me devoraba pescando cangrejos, según aprendí cuando era niño en las tranquilas aguas de un río.

Jamás desde entonces he visto una trucha ó una carpa sin sentir los ojos arrasados de llanto al acordarme de las lecciones de mi abuelo, cuya sombra me sigue á todas partes.

A través de los años contemplo aún su hermosa cabeza, y me parece más hermosa todavía.

Sombra ó ilusión de mi eterno cariño: ¡que Dios te bendiga tantas veces como yo te bendigo!

C. T.

LA ALBUFERA DE VALENCIA.

(Véase la lámina de la página 29.)

Esta magnífica laguna, de tres leguas de largo y más de una de ancho, situada á 10 kilómetros de Valencia, es, á no dudar, uno de los cazaderos más hermosos del mundo para toda clase de aves acuáticas, y uno de los paisajes más bellos de la creación. Pertenece esta gran finca al Patrimonio de la Corona, y es verdaderamente el sitio más régio de todos los Reales sitios de España; pero como está demasiado lejos de la Corte, se arrienda la caza por subasta á los cazadores valencianos.

Situada la Albufera bajo el esplendente y purísimo cielo que cobija á la ciudad de las flores, separada del mar por una estrechísima lengua de tierra poblada de frondosos pinos marítimos, sus cristalinas aguas no quieren ser

ménos que las fértiles y floridas riberas; así es que todos los remansos y plazoletas que forman los dorados cañaverales se cubren de flotantes plantas acuáticas que producen millares de magníficas y variadas flores de extraordinario tamaño, fragancia y hermosura: los arrozales que cercan casi por completo el lago proporcionan abundante y exquisito pasto á la multitud de ánades que pueblan la Albufera. Es menester conocer á los valencianos para comprender lo que es para ellos aquel eden.

El que escribe estas líneas, que conoce algo aquella alegre gente, tiene la opinión de que los hijos de la ciudad del Cid, pensando que el gran caudillo no les dejó moros que matar, no vienen al mundo á otra cosa que á divertirse; y tan arraigada está en ellos esta convicción, que es un milagro hallar en toda la tierra que se descubre desde el alto *Micalet* alguna persona que tome las cosas del mundo por lo serio. Esta convicción viene de muy antiguo; por algo escribió Gerardo Lobo aquellos conocidos versos:

Llevaban por cascabeles
Cabezas de valencianos.

Cuando veo un hijo de aquella tierra haciéndose el grave se me figura que está el pobre hombre ensayando una mueca.

Las más serias y frecuentes ocupaciones de los hijos predilectos de San Vicente Ferrer, patron de aquella ciudad, son: el hacer bien una paella; las fiestas de calle con traca, *corda* y *mascléts*, dulzaina, tamboril y luminarias; la *falla* de San José, el baile de Torrente, los gigantes, enanos y la degolla *les ròques*, la *cantá* de la siega, las corridas de jacas, el tiro del palomo, la riña de gallos, la pesca y la caza, y el recibir con bromas y burlas todas las calamidades que llegan, incluso el cólera morbo.

Cuando los forasteros salen á pasear por los alrededores de la ciudad y escuchan en varios pueblos cercanos el horrísono estruendo de cañonazos, fuego graneado, descargas cerradas y campanas á rebato, preguntan asustados:

— ¿Qué es eso? ¿algun pronunciamiento?

— No, señor, les contestan; es que hoy celebran en Catarroja fiesta á San Miguel, en Albal á Santa Ana, en el Palmar al Niño, y en Aldaya á los Santos de la Piedra: esta temporada todo son festejos.

— ¿Y dura mucho la temporada? pregunta el viajero.

— Todo el año.

Por eso los cazadores valencianos no se contentan con ir simplemente á matar ánades á la Albufera; sus cacerías han de efectuarse siempre en són de fiesta; para ello han convenido desde muy antiguo en cazar allí tan sólo los sábados de cada semana.

La víspera por la tarde, y casi todos á la misma hora, salen de la ciudad camino del Saler los aficionados en los alegres y charangueros carritos atartanados, carruajes que nadie sabe construir ni disfrutar más que los *chuferos*. No conozco un valenciano, por desesperado, afligido y triste que esté, que al meterse en el carrito de cortinillas coloradas y fleco amarillo, no se ponga á cantar y reír en cuanto echa á andar el ligero vehículo. Sin duda su movimiento es higiénico y destruye la bilis y los malos humores; valenciano conozco que se ha traído á Madrid como medicina contra el *spleen* uno de esos carritos.

Reconozco que estoy divagando de una manera insoportable; pero es que cuando se escribe algo sobre cosas de Valencia, suenan en los oídos los atronadores ecos de la dulzaina y el tabalet, y no hay medio de escribir con orden.

Decíamos que los cazadores salen juntos y en alegre caravana de Valencia; así es que la diversión y la broma comienza en el camino. En él principian *les charraes* (1), cuentos y apuestas; pondera y ensalza cada cual sus provisiones de boca, probando y dando á probar á los compañeros el néctar de sus botas, las cuales quedan vacías ántes de llegar á Pinedo, que es la mitad del camino, en cuya taberna se rellenan. Este refuerzo aumenta la alegría y natural regocijo, y continúan el camino con sus ilusiones centuplicadas sobre la gran matanza que cada uno confía hacer al siguiente día. La felicidad de aquellas tarde y noche, llenas de esperanzas, no se la puede ya quitar ni

(1) Agudezas.



LA ALBUFERA DE VALENCIA.



la más redonda *porra de séc á séc* que suelen hacer algunos chambones en la tirada del día siguiente.

La velada se pasa deliciosamente en las pintorescas y cómodas barracas del Saler, caserío situado á la misma orilla del lago, y cuyas viviendas son propiedad de los cazadores.

Dos horas ántes de amanecer la campana despierta á todo el mundo, y señores y barqueros se reúnen en la casa del *amo*, que así se llama al arrendatario principal de la caza, el cual ha vendido ó subarrendado 20 ó 30 puestos, ó sean acciones, á otros tantos aficionados, para todas las tiradas del año; acciones especiales y muy diferentes entre sí, pues como en las tiradas ordinarias en el puesto ó sitio donde se coloca un cazador no puede cazar nadie más que él, es preciso que las acciones ó puestos sean numerados para que cada cual, según el número de su acción, elija el sitio donde quiera colocarse y que todos los demás han de respetar.

Así es que la acción *número uno* suele costar cara. Este año, por ejemplo, ha pagado por ella mi amigo D. Manuel Cubells (que es el primero y mejor de los tiradores de la Albufera) 10.000 reales, mientras que el puesto ó acción *número diez* cuesta sólo 1.000 y la del *número veinte* cuesta 500.

Las intrigas, *complots* y misterios que se emplean en las elecciones de los puestos, son también parte de la diversión.

Reunidos los cazadores y llegado el momento supremo se llama al orden, y cuando á fuerza de gritar todos ¡silencio! logra hacerse oír el barquero del *amo*, dice solemnemente: «Pida el *número uno*»; el barquero del *uno*, en tono sentencioso, campanudo y grave, dice entonces: «El primero va á la *mateta de Sèn Róc*.» Luego el segundo pide, por ejemplo, el puesto de la *Inglesa*; el *número tres* elige la *mateta del Peluquero*; el *cuarto* dice que irá al puesto de la *Emperatriz*, que así se llama ahora el antiguo puesto de *més á maestra*, desde el día en que le ocupó nuestra augusta compatriota la Emperatriz Eugenia, que fué por cierto gran fiesta para los *albuferencos* y para media Valencia que acudió aquel día á presenciar tan magnífica tirada.

Los inmensos bandos de ánades de todas clases cruzando á todas horas sobre el puesto que ocupaba S. M., formaban una especie de toldo flotante, tejido de plumas de mil colores, como si quisieran aquellas hermosas aves impedir con sus alas que los ardientes rayos del sol molestáran á tan ilustre dama y tan bella cazadora.

Cuando los accionistas, ó sean los que tienen comprados los puestos por todo el año, han hecho ya su elección, se procede al sorteo entre los cazadores que toman el puesto para aquel día, y mediante un duro que entregan al *amo*, van eligiendo por turno uno de los vacantes.

Concluida esta operación, cada uno se embarca en su bote tripulado por dos barqueros, y se dirige á fuerza de remo, ó á la vela al sitio que ha elegido, provistas las barquillas de todos los útiles y *atiffells* necesarios.

Llegados al sitio se coloca á flote una especie de tina redonda de madera, asegurada por medio de tres largas estacas, se colocan alrededor cañas verdes, cuyas hojas ocultan al cazador, y se esparcen sobre el agua 80 ó 100 patos de corcho, perfectamente imitados al natural, y que se sostienen sobre el agua por medio de un largo cordel con un plomo á la punta á guisa de ancla.

Preparado todo esto ántes de amanecer, se aleja el bote y queda allí el cazador con municiones á granel, esperando las bandadas de ánades que empiezan á llegar con los primeros rayos de la aurora. En las buenas tiradas siguen acudiendo hasta que se pone el sol, y á veces con tal frecuencia, que no dan tiempo á cargar la escopeta. La barquilla persigue y cobra los pájaros heridos, y recoge los muertos cuando el oleaje los aleja. Estas son las tiradas ordinarias; pero llega la gran barquería, las tiradas libres, y entonces la Albufera se convierte en *la mar*. Me explicaré, si puedo.

Los Condes de Barcelona, D. Martín y doña Catalina, concedieron á sus vasallos el privilegio de cazar libremente en la Albufera los días de sus patronos San Martín y Santa Catalina, que son el 11 y 24 de Noviembre. En estos días Valencia y todos los pueblos vecinos se despueblan llenando de alegres y no interrumpidas cara-

vanas los caminos que conducen á la Albufera. La menor parte de aquella gente va á cazar y toda á comer la clásica *paella* y el turrón del Santo; á bailar, á reír, á llenar, en fin, la gran misión de mis paisanos: á divertirse.

Tres ó cuatro mil barcas recorren la laguna en todas direcciones, lamiendo con sus bordas las cristalinas aguas, bajo el peso de los tiradores y cazadoras, que disparan alegremente á las pobres *fochas*. Desde el amanecer se oye fuego graneado y hasta descargas producidas por cuatro ó cinco mil escopetas, que se reúnen allí para exterminar los inocentes palmípedos, que si no mueren todos, es porque la gran mayoría de los que cazan aquel día no tienen el pulso seguro ni la vista clara, y gastan la pólvora en salvos en honor de San Martín. No faltan barcas que en vez de escopetas llevan panderetas y guitarras, y en donde las dulces voces de las valencianas suavizan el estampido de la pólvora.

Las aguas del asustado lago son mudos testigos de terribles cuestiones, y tal vez combates, entre distintas tripulaciones que se disputan una *focha*, á la que ambas hicieron fuego.

Por do quiera se escuchan gritos, chillidos, risotadas, aplausos y silbas. Cuando las *fochas* y las municiones dan fin, desembarca todo el mundo en las costas del Saler, donde está la feria del famoso turrón; y aquel caserío y la dehesa, que es su jardín, se convierten en un pintoresco y animadísimo campamento. No hay barraca donde no se condimenten á un tiempo doce paellas; no hay pino bajo cuya sombra no esté tendido un mantel rodeado de seres felices y bienaventurados, que recostados sobre la arena, como los árabes sus antepasados, se deleitan con el perfume de las ricas anguilas *al ást* (1), rociándolas muy á menudo con el delicioso jugo de las uvas de Turis.

Después de la comida se baila desde la polka íntima y las habaneras, hasta el fandango y seguidillas. La gente se anima; aquellos matorrales son malos confidentes y publican amores que hasta aquel día fueron un misterio. Los pollos más tímidos pierden el miedo y declaran al aire libre sus más atrevidos pensamientos; las niñas más desdénosas no encuentran aquel día la manera de pronunciar el monosílabo *no*.

Brillan las agujas de la bella, aunque tostada labradora, al lado del sombrerito parisien, que sirve de aureola á rostros nacarados por los benéficos polvos de *fleur de riz*.

Confúndese el elegante *negligé* matinal del valenciano con la abigarrada manta del *ché gomoso de la huerta*.

El lujoso carruaje de Binder compite con el ligero carrito y la vetusta tartana del maestro Balaguer. Aquello es una Babel, un verdadero *pandemonium*. Sólo falta en la fiesta de San Martín una cosa que jamás pude encontrar allí: una cara triste, un hombre que se aburra.

Cuando llega la hora de volver á la ciudad, cada cual adorna su carruaje con grandes ramas de mirto y de florido brezo, colgando muy á la vista rastros de *fochas* y ánades, trofeos adquiridos los más con municiones de plata.

Los moriscos labradores de la huerta cabalgan en valientes jacas marroquíes, luciendo en la grupa á sus novias de talle gentil y ojos rasgados. Y marcha la gran caravana confundiendo cien cantos distintos en coro universal, hasta llegar á Valencia, donde sale á recibirla la gente desgraciada que no pudo ir á la gran fiesta. El Saler queda aquella noche más poblado que de ordinario; la gente del bronce que no tiene carruaje ni caballo suele sufrir allí el efecto de aquellas humedades y ser atacada de una debilidad que no la deja tenerse en pie; pero esto se cura con el sencillo remedio de quedarse allí por la noche, y dormir doce horas bajo de un pino. No hay peligro en ello, porque aquel clima es muy sano: yo sólo he cogido allí unas quince veces la terciana.

¡Paraíso de Valencia! ¡Compañeros del Saler, yo os saludo desde estos secanos! Los días felices de la Albufera no se borrarán jamás de mi memoria, así como vuestro afecto no se borrará jamás de mi corazón.

BARON DE CORTES.

(1) Á las brasas.

CAZADORES FURTIVOS Ó DAÑADORES.

(Véase la lámina de la página 32.)

Si se contempla con la mayor atención la lámina que ilustra este artículo, estamos persuadidos de que para ninguno de nuestros lectores resultará de su examen la menor agradable impresión.

La escena no puede ser más sospechosa, al contemplar dos dañadores ocultándose tras de las matas á la vista de los cazadores que atraviesan el monte, echando sin querer los conejos sobre los lazos y otros armadijos puestos por aquellos.

Un incidente imprevisto, como es la partida de caza que se divisa en lontananza, les ha hecho temer por su seguridad, y este incidente, que para los demás fuera, á no dudarlo, objeto feliz de diversión y esparcimiento, es para ellos prueba patente de su criminalidad y oficio.

Cuando la noche cubre el campo con sus sombras; después que la campana de la iglesia ha dejado oír las últimas vibraciones de la oración vespertina, y no se escuchan ya esos mil ruidos confusos que acusan durante el día la vida y el trabajo; en esa hora solemne en que parece que todo lo que vivía y se agitaba sufre la ley impuesta por la naturaleza á la creación y se entrega al reposo, entonces es cuando en los campos se despierta con frecuencia el genio del mal, bajo la forma de un ladrón de cosechas, de un destructor de pesca ó de caza.

Esta última clase de malhechores es la de que vamos á ocuparnos exclusivamente, pues su importancia es digna de llamar la atención, ya que sus hazañas no se limitan por regla general á la caza, pues cuanto toca todo lo destruye y arrasa.

Siempre, y sea cualquiera el sitio y la estación en que se manifieste, la presencia de estos merodeadores será una verdadera calamidad; pero si para todos debe ser un objeto de animadversión, para las propiedades abundantes de caza es principalmente un azote, porque los guardas, á pesar de toda su vigilancia, no logran garantizarlas contra sus depredaciones, ni áun exponiendo en la mayor parte de los casos su vida.

Aunque es de toda justicia establecer sus diferencias y sus categorías entre los que se llaman dañadores, puede decirse, por regla general, que su industria sólo puede ejercerse por hombres peligrosos, cuyo atrevimiento y astucia aumenta en razón directa de la gravedad del delito que cometen y de la importancia de las penas en que incurren.

Para ellos nada hay sagrado: los cercados no son más que un inconveniente sencillo, pues los rompen ó los escalan, y con frecuencia, desgraciado del vigilante á quien el peligro de que se ven amenazados por los cazadores furtivos no hace retroceder ante el cumplimiento de su deber.

Cuántas veces, en efecto, la carga de plomo destinada á una liebre ó á un conejo ha destrozado el pecho de infortunados guardas que, para apoderarse del cazador furtivo, habían dado al olvido al asesino.

Para nosotros la caza furtiva, particularmente de noche con ayuda de la escopeta, no existe; de día tiene más razón de ser; pero ambas son el pillaje y salteamiento á mano armada, contra el cual la vigilancia, por incesante que fuese y la represión, nunca serían demasiado severas.

Sin duda alguna los tendedores de lazos, asolando una zona en una noche, causan á los propietarios un perjuicio más considerable que el que con la escopeta en la mano mata un par de perdices; mas á pesar de esto seguimos creyendo á los primeros menos temibles que á los segundos, y hasta menos culpables, porque la posesión de un arma de fuego puede fatalmente lanzar al que la maneja en el camino del crimen.

De algún tiempo á esta parte no se deja de lamentar la disminución de la caza; pero es verdad que apenas se toma nadie el trabajo de penetrar en el fondo de las cosas, creyendo de buena fe en la existencia de animales dañinos, incompatibles con nuestra civilización y el adelantamiento que hoy día alcanza la agricultura. Felizmente este parecer no puede sostenerse con seriedad ante los que la propia experiencia y la razón hacen jueces de la cuestión, y

cuyos esfuerzos tienden á remediar el mal existente que se agrava á cada momento.

En cuanto á nosotros, no dudamos en declarar que la desaparicion completa de la caza en España sería una verdadera calamidad pública, y que la indiferencia con que se la ve disminuir sin cesar es ya una gran falta.

A mayor abundamiento, y con igual rapidez, la caza sedentaria disminuye del mismo modo en nuestras provincias, y si se sigue como hasta aquí, en un período no más que de treinta años habrá desaparecido por completo. Estamos persuadidos de que nuestra afirmacion encontrará pocos contradictores, razon por la que creemos oportuno y digno de estudiarse las causas del mal, lo que nos permitirá quizás entrever los medios de combatirlo.

Si las liebres y perdices son hoy más raras que ántes en nuestros mercados, se dice, la causa está en que el número de cazadores se ha aumentado desde hace veinte años; en los cazadores furtivos más activos y más numerosos que nunca, y que solicitan los provechos asegurados á su culpable industria; en la multitud de perros errantes en nuestros campos; y, por último, en la roturación de ciertos terrenos y en la importancia dada al cultivo de los prados artificiales que contribuyen y no poco á producir los malos resultados señalados.

Concedido. Estas son, por regla general, las causas principales que muchos creen seguras de la destruccion de los pobladores de nuestros campos. En efecto, hombres y bestias, todo lo que está en contacto con la caza, trabaja para destruirla, como si ninguno tuviera interes en su conservacion.

Este es un hecho irrecusable; de los enemigos de nuestras pobres liebres, de nuestras desgraciadas perdices, ni uno solo de ellos se cansa de una guerra sin cuartel y sin misericordia. El más honrado, el más interesado, que es el cazador con licencia, áun este mismo, con el permiso en su bolsillo, ¿es capaz de obrar con moderacion? ¿tiene interes en hacerlo? No. Para él la caza es un placer cuando en ella puede alcanzar una verdadera y abundante cosecha de piezas, y no se detendrá sino cuando se canse hasta la saciedad, ó hasta que quede agotada por completo.

Pero supongamos que nuestro dichoso cazador tenga un generoso pensamiento, y que esta buena inspiracion proceda de su corazon más ó ménos sensible.

— He muerto bastantes piezas hoy; dejemos las que sobreviven para mañana.

¿Creeis que cederá á este primer impulso? No, porque continuará al mismo tiempo diciéndose á sí mismo: como quizás no exista un cazador que no lo haya hecho, el que venga mañana de seguro que no será tan escrupuloso como yo, y recogerá todo lo que ha quedado. Esta caritativa idea de no dejar nada para el vecino, le hace en aquel instante olvidar el cansancio, le aviva los resultados ya obtenidos, y de nuevo empieza el fuego hasta que no puede más.

Para los que cazan ¿quién podría sostener que hemos sobrecargado el cuadro de los colores más sombríos, y que calumniamos á nuestros hermanos en San Eustaquio? No lo creemos; sin embargo, permítasenos que atenuemos los daños que se les imputan, añadiendo que á pesar de vuestra perfeccion en el golpe de vista, de la precision de vuestras armas, de la sagacidad y número de vuestros perros, vuestros auxiliares más activos y temibles, estais muy lejos de ser la causa más influyente de la disminucion de la caza de nuestro país, porque vuestra accion, reglamentada por la ley, se ejerce sólo en condiciones que impiden ser demasiado destructiva, y en una palabra, porque en la caza, como en todo, son muchos los llamados y pocos los elegidos.

La verdadera causa de su destruccion es preciso buscarla en otra parte, en aquellos que violan la ley que reglamenta el ejercicio del derecho: en el cazador furtivo.

Por desgracia, las contravenciones á que algunos se dejan arrastrar tienen, como hemos dicho ántes, un carácter tal de culpabilidad tan poco aparente, que la indulgencia pública los absuelve con frecuencia, y por consiguiente se habituá á conceder á los beneficios de ella la misma absolucion que á los actos fraudulentos más caracterizados.

De este modo, cuando la opinion pública se levanta in-

dignada y castiga al que ha robado un huevo, exclamando: quien roba un huevo puede robar un bucy, confiesa altamente el profundo respeto que tienen todos los pueblos civilizados por la inviolabilidad de la propiedad. ¿Sucede lo mismo con la caza? ¿Castiga lo mismo la ley al que roba una pieza en los campos? No, por la razon de que el delito no está definido en el Código: *Como cosa que no tiene amo y pertenece á todos*, segun torpemente se dice.

Sin embargo, el mal aumenta y la calamidad se ensancha, y su accion destructora priva al país de una de sus mayores fuentes de riqueza.

Sobre este punto hemos de insistir con perseverante anhelo, y pedimos datos á nuestros compañeros.

V. C.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA DEL DÍA 29 DE ENERO.

Tirada de competencia entre las Sociedades de Jerez, Sevilla y Madrid.

Á las once de la mañana, con un tiempo casi primaveral y una inmensa concurrencia, á que asistieron SS. MM. el Rey y la Reina y S. A. la Princesa de Asturias, dió principio esta tirada, en la cual se verificó:

1.º Piña de prueba: 11 tiradores; á 26 metros, un pichon, 25 pesetas de entrada.

Sr. Marqués de Croix: 1-111101. Ganó.

Sr. D. Alberto Carton: 1-111100.

Sr. D. Eduardo Anspach: 1-110.

Sr. D. Fernando Soriano: 1-110.

Sr. D. Antonio Valdés: 1-110.

Sr. Marqués de Camposagrado: 1-110.

Tomaron tambien parte en esta piña los Sres. Conde de Villapineda, Duque de Huéscar, D. José I. Goyena, Don José Pereira y D. José Argaz.

2.º Competencia entre las Sociedades de Sevilla y Madrid.

Condiciones: 10 tiradores por cada Sociedad, á 10 pájaros cada uno y á 26 metros de distancia, con escopetas de dos cañones, calibre máximo, 12; carga máxima de plomo, 1 1/4 onza; la pólvora, *ad libitum*, 100 pesetas de entrada cada tirador.

SEÑORES QUE COMPITEN POR SEVILLA.

1. M. de Albentos: 0001000100.
2. C. de Villapineda: 0111001000.
3. J. I. de Goyena: 1011011001.
4. A. Valdés: 0001010110.
5. T. Osborne: 0011110111.
6. J. Abaurre: 1001110101.
7. G. Buck: 1000101110.
8. M. Wssel: 1010100101.
9. P. Solís: 0010100110.
10. H. Davies: 1010110011.

SEÑORES QUE COMPITEN POR MADRID.

1. F. Luque: 1000000011.
2. D. de Tamames: 0101000010.
3. A. Carton: 1000100010.
4. M. de Camposagrado: 1110101101.
5. J. Argaz: 0000011100.
6. E. Anspach: 1111011101.
7. D. de Huéscar: 0001000100.
8. J. Pereira: 1001010101.
9. F. Soriano: 1011100011.
10. C. de Gomar: 1100110111.

Resultado: El grupo de Sevilla, 49 pájaros buenos. Ganó.—El de Madrid, 47.

3.º Competencia entre las Sociedades de Jerez, Sevilla y Madrid.

Condiciones: 5 tiradores por cada Sociedad, á 10 pájaros cada uno y 26 metros de distancia, con escopetas de dos cañones; calibre máximo, 12; carga máxima de plomo, 1 1/4 onza; la pólvora, *ad libitum*, 100 pesetas de entrada cada tirador.

SEÑORES QUE COMPITEN POR JEREZ.

1. H. Davies: 1111111111.
2. W. Buck: 0110111111.
3. C. Iwison: 1010010100.
4. Forrester: 0100001111.
5. Dubosc: 1100000100.

SEÑORES QUE COMPITEN POR SEVILLA.

1. J. I. de Goyena: 0101100111.
2. M. de Albentos: 011100101.
3. T. Osborne: 1110111110.

4. M. Wssel: 1001001011.

5. J. Abaurre: 1010011111.

SEÑORES QUE COMPITEN POR MADRID.

1. M. de Camposagrado: 0101111111.
2. D. de Tamames: 0000010001.
3. C. de Gomar: 0011111000.
4. J. Argaz: 1110000000.
5. E. Anspach: 1111111111.

Resultado: El grupo de Sevilla, 32 pájaros buenos. Ganó.—El de Jerez, 29.—El de Madrid, 28.

4.º Para las escopetas.

D. Eduardo Anspach (de Madrid): 1111111111-1. Ganó.

D. Enrique Davies (de Jerez): 1111111111-0.

5.º Piña individual: á 26 metros, un pichon; 19 tiradores. 25 pesetas de entrada.

Sr. Príncipe de Mónaco: 1-111110.

Sr. D. Carlos Quirós: 1-111110.

Sr. D. Alberto Carton: 1-1110.

Sr. Duque de San Lorenzo: 1-1110.

Sr. D. Fernando Soriano: 1-1110.

Tomaron tambien parte en esta piña los Sres. M. de Croix, D. de Huéscar, H. Iwison, J. Muguiro, F. Primo de Rivera, A. Valdés, G. Buck, M. de Casa Ramos, M. de Camposagrado, E. Anspach, I. Montalvo, J. Abaurre, M. Wssel y J. I. Goyena.

La tirada terminó á las seis de la tarde.

TIRADA DEL DÍA 30 DE ENERO.

Á las doce de la mañana.

1.º Piña de un pichon: á 26 metros; 17 tiradores. 25 pesetas de entrada.

Sr. D. G. Buck, 1-1111.

Sr. D. E. Anspach: 1-1111. } Partida.

Sr. M. de Albentos: 1-1110.

Sr. Forster: 1-1110.

Sr. C. de Villapineda: 1-110.

Sr. D. F. Soriano: 1-110.

Tomaron tambien parte en esta piña los Sres. M. de Ahumada, M. de Camposagrado, C. Iwison, T. Osborne, C. de Gomar, S. Morillo, R. Solís, C. Quirós, J. I. Goyena, J. Pereira y A. Carton.

2.º Piña de competencia entre las Sociedades de Sevilla y Madrid: 10 tiradores por cada Sociedad; á 26 metros: 10 pájaros cada uno.

SEÑORES QUE COMPITEN POR SEVILLA.

1. M. de Albentos: 1011101101.
2. C. de Villapineda: 0011001101.
3. J. I. de Goyena: 0001110011.
4. A. Valdés: 1011000001.
5. T. Osborne: 0110111000.
6. J. Abaurre: 1001111111.
7. G. Buck: 1101111101.
8. M. Wssel: 1110100111.
9. P. Solís: 1110111001.
10. H. Davies: 1011111111.

SEÑORES QUE COMPITEN POR MADRID.

1. R. Guillen: 0111101001.
2. J. Horteiga: 1111011101.
3. A. Carton: 1100110111.
4. M. de Camposagrado: 1100101011.
5. S. Morillo: 1100001100.
6. E. Anspach: 0111111111.
7. C. Quirós: 1100011101.
8. J. Pereira: 1000111011.
9. F. Soriano: 1000010111.
10. C. de Gomar: 0110110111.

Resultado: Grupo de Sevilla, 65 pájaros buenos. Ganó.—Grupo de Madrid, 64.

Para las escopetas:

Sr. D. Eduardo Anspach: 0111111111-1. Ganó.

Sr. D. Enrique Davies: 1011111111-0.

3.º Piña individual: á 26 metros; de 3 pichones, 17 tiradores; entrada, 100 pesetas.

El 1.º gana el 40 por 100 de las entradas.

El 2.º » 30 » » »

El 3.º » 20 » » »

Sr. Marqués de Camposagrado: 3 de 3. Ganó el 1.º

Sr. D. Alberto Carton: 011-11111. Ganó el 2.º

Sr. Marqués de Casa Ramos: 101-11110. Ganó el 3.º

Tomaron parte tambien en esta piña los Sres. M. de Albentos, H. Davies, G. Buck, J. Ibarra, P. Solís, Forster, A. Valdés, Dubosc, T. Osborne, C. Iwison, J. Abaurre, M. Wssel y M. de Ahumada.

4.º Piña de un pichon: á 26 metros, 5 tiradores; 250 pesetas de entrada.

Sr. D. Alberto Carton: 1-11. Ganó.

Sr. M. de Camposagrado: 1-10.
 Sr. C. Iwison: 1-10.
 5.º Piña de un pichon: á 26 metros, 7 tiradores; 50 pesetas de entrada.
 Sr. C. Iwison: 1-111. Ganó.
 Sr. M. de Casa Ramos: 1-110.
 La tirada terminó á las seis de la tarde.

GACETILLAS.

CABALLEROS EN PLAZA.—Entre las fiestas reales que han presenciado en Madrid estos últimos días, representaciones de todos los pueblos de Europa, porque no había tipo ni lengua viva que no se contemplara y no se oyera en las calles de la coronada villa; entre las fiestas reales, repetimos, con que se ha celebrado el casamiento de D. Alfonso XII, han resaltado por su marco caballeresco y por su colorido nacional, las fiestas de toros de *caballeros en plaza*. Ya se están publicando en todos los periódicos del mundo magníficas descripciones de estas suntuosas lides, que nosotros no repetiremos porque son conocidas de nuestros lectores. ¿Por qué, nos preguntábamos estos días, al contemplar el cuadro tan bello y pintoresco que ofrecía al despejo la Plaza de toros, y al ver á los caballeros en seguida, levantando airoso sus caballos, recibiendo la terrible fiera y clavándole primorosamente el rejon, entre los aplausos estrepitosos de tantos hombres y de tantas mujeres de todas las naciones de Europa; por qué han de guardarse como un anacronismo histórico estas fiestas, tan bellas, tan admirables, tan españolas?

Si desde allí, de donde han venido siempre los aires que han dado rumbo y vuelo á las costumbres, viniese el impulso, podrían restablecerse estos preciosos pasatiempos que hicieron las delicias de nuestros padres de hace muchos siglos, que serían el encanto de las naciones modernas, y un paso muy avanzado hacia el refinamiento de nuestras costumbres, tan bastardeadas en el alborotado siglo que alcanzamos.

DEFENSA DE LAS CORRIDAS DE TOROS.—El distinguido literato y afamado escritor agrónomo que dirige la *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento*, Sr. D. Miguel Lopez Martinez, ha publicado en un folleto sus *Observaciones sobre las corridas de toros* y contra la supresión oficial de las mismas.

La vasta erudición y el reposado y ameno estilo que campean en el último estudio del Sr. Lopez Martinez, hacen de estas observaciones un libro de instruccion y de recreo para los amantes del *sport*, como pocos de los que se publican en España, donde estos conocimientos son

poco cultivados, y donde, si empiezan á serlo, se debe en gran parte á la constancia con que toda su vida se ha consagrado el Sr. Lopez Martinez á difundir la afición á las ciencias agrarias. Recomendamos con mucho gusto el libro de que nos ocupamos, y en que presiden el juicio del hombre político, del estadista, el estilo del consumado escritor y la autoridad del afamado agrónomo, circunstancias todas que residen en el Sr. Lopez Martinez.

CARRERAS DE CABALLOS.—A pesar de lo desagradable de la temperatura y del frío excesivo que reinó durante todo el día, un gentío inmenso acudió el jueves 31 al hipódromo construido al final de la Fuente Castellana, para presenciar las carreras de caballos anunciadas de antemano como el último de los festejos con que han de solemnizarse las bodas reales. SS. MM. ocupaban la mag-

de 60, y el de la 5.ª, de 20.000 reales, fueron todos alcanzados por los caballos de D. Ricardo E. Davies, que fueron los héroes de la fiesta. El premio de la 5.ª, en que sólo corrían caballos montados por jóvenes oficiales de caballería y artillería, le obtuvo el de húsares D. José Olona, y consistía en un caballo de 20.000 rs., ofrecido por la Dirección general del arma, y el objeto de arte, regalo de varias señoras de Madrid, le ganó D. Guillermo Garvey.

El aspecto que ofrecía el hipódromo era animadísimo, y lujosos trenes de la aristocracia y de la fortuna no cesaron de recorrer en todo el día el espacioso campo que existe en el centro de la pista.

PATOS DE LA ALBUFERA.—La tirada que hubo el sábado último en la Albufera fué divertidísima, siendo extraordinario el número de aves acuáticas recogidas por los cazadores, citándose persona que se llevó más de cien.

LA GALGA DE OYON.—Un amigo y compañero nos comunica un rasgo de una perra galga, digno de ser contado á nuestros lectores. Don Pablo Gallego, antiguo alcalde de Oyon, y actualmente juez municipal del mismo pueblo, posee una galga, de un exterior tan poco simpático, que los cazadores solían aceptarla mal grado suyo en las cacerías de liebres. Pero la galga de Oyon, y la llamamos así porque ignoramos su nombre, estaba llamada á hacer una acción que fuese sonada. Hace poco tiempo que esta perra se acreditó en una cacería, por haber alcanzado más liebres que todos los demás perros de la jauría. Pero no es esto sólo, sino que habiendo hecho presa de una, sintió el rudo golpe de la coraza de un águila, que bajó de lo alto con la velocidad del rayo y le arrebató la liebre. Sorprendida la perra, siguió con la vista al ave de rapina, y al desprendérsele la liebre en el aire, cosa que suele ser muy común, corrió presurosa, la cogió de nuevo y la cubrió con su cuerpo para defenderla de una segunda agresión del ave. En este estado, pasa á su lado un zorro perseguido por los demás perros y por los gritos de los cazadores, y la galga se desentiende, cuidando sólo de guardar su presa, hasta que llega su dueño, á quien gustosamente se la entrega. La galga de Oyon será en adelante bien recibida por todos los cazadores de la provincia de Alava.

DIÁLOGO CONYUGAL.—Ves, querida amiga, esta escopeta que parece un juguete en mis manos, pues representa nada menos que el exterminio de toda clase de animales, tanto de pelo como de pluma, tanto de caza menor como de caza mayor!

—¿Sí? pues ten cuidado con no herirte.



CAZADORES FURTIVOS Ó DAÑADORES.

nífica tribuna que les estaba destinada entre las de los cuerpos colegisladores y la espaciosa del Ministerio de Fomento. Enfrente se hallaban la meta y los balconillos para el Jurado, para los jueces del campo y para los de salida y llegada de los caballos que habían de disputarse el premio. El de la 1.ª carrera, consistente en 10.000 reales, lo ganó un caballo del Marqués de Salamanca. El de la 2.ª, de 20, el de la 3.ª, de 30, el gran premio de la 4.ª,

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA

DE

GUTIERREZ DE LA VEGA.

Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.

La *Biblioteca Venatoria* se publica en tomos en 8.º español, á unas cinco pesetas por término medio cada uno, ó poco más ó menos, según la extensión de la obra y el grueso del volumen; precio módico, porque van compuestos con caracteres nuevos elzevirianos, preciosas viñetas,

letras de adornos, y estampados en hermoso papel de hilo con portadas á dos tintas; es decir, con todo el esmero que requieren estas imitaciones del buen gusto antiguo.

Se ha publicado el *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, restablecido el texto primitivo sobre los dos Códices del Escorial; el famoso y antiquísimo manuscrito de la Cartuja de Sevilla, propiedad hoy de S. M. el Rey; la copia del diligente Palomares, consultando esos códices, y las numerosas anotaciones de los eruditos Llaguno y Amirota y Cerdá y Rico al libro de Argote de Molina, todos ellos trabajos inéditos y de grande estimación.

El *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, de que se trata y que lleva además un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, consta de dos gruesos tomos, que han valido por suscripción á 6 pesetas cada uno en Madrid y á 7 pesetas en provincias.

Al mismo precio podrán adquirirlas todavía los nuevos suscritores.

Fuera de suscripción se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid y 60 en provincias.

El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Caza*, del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de las Aves de Caza*, de Pero Lopez de Ayala.

Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.

REDACCION Y ADMINISTRACION de la *Biblioteca Venatoria* y de la *ILUSTRACION VENATORIA*: Calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.